

LA GOBERNABILIDAD Y SUS REFORMAS

Carlos MONSIVÁIS

En lo tocante a la política y la sociedad, entidades nunca separadas una de la otra, cada generación aporta y promueve los términos que le resultan útiles, repetibles, y confiables, no porque necesariamente los pueda definir de modo sistemático, sino porque son en sí mismos atmósferas de esclarecimiento, rutas del diálogo, la protesta y el rezongo, mantras des de la oscuridad del resentimiento, iluminaciones que son vías de acceso a la participación, diafanidades y misterios que se prodigan hasta que los sustituye el siguiente enclave de vocablos indispensables.

Palabras clave... Localizo ahora, del vocabulario esencial de estos años, democracia, transición, transparencia, sociedad civil, consenso, negociación, *empoderamiento* y gobernabilidad. En la práctica, y las más de las veces, este último término, repetido incansablemente a manera de ávido de los Idus de Marzo, se traduce como “el acuerdo de las partes que permiten el funcionamiento del todo”. También, el énfasis podría indicar: “Gobernabilidad: el mínimo de requisitos de eficacia administrativa, tensión continua en las zonas de enfrentamiento y participación en los acuerdos del Estado de los distintos sectores, lo que le permite a la República, en lo esencial, disponer de algo parecido a una zona unánime”.

¿Por qué la insistencia en la gobernabilidad? A diario la respuesta incluye otros conflictos o el empeoramiento de los existentes. ¿Qué se contempla? Por ejemplo, y destacadamente:

Rebeldías campesinas, tomas de ayuntamientos, ocupaciones de oficinas de gobierno, mujeres indígenas que anuncian su decisión armada de defender el agua, gobernadores (el de Jalisco resulta emblemático) que reprimen en atención a sus prejuicios y no a los hechos jurídicos, desconfianza en los aparatos de justicia que se desborda en la costumbre monstruosa de los linchamientos, grupos armados de distinta índole: grupos que emergen para desintegrar los actos de la izquierda...

¿Qué se contempla?

Impunidad concedida *ab eternum* a los grandes saqueadores, el peso del Fobaproa/IPAB sobre la racionalidad de la economía nacional, castigo salarial a la mayoría (“no hay que darles nada, absolutamente nada”, sentencia un empresario muy connotado al referirse a los trabajadores del Estado; “parásitos”, según su punto de vista), castigo salarial a la gran mayoría, economía informal como el gran nicho ecológico de millones que retarda las explosiones sociales, desempleo como el gran proceso deshumanizador.

¿Qué contempla?

Insolencia y criminalidad salvaje del narcotráfico (Sinaloa, Baja California, Chihuahua), dependencia de los derrames del narco en buena parte de la economía campesina y (si mucho me apuran) empresarial.

¿Qué se contempla?

Resistencia del patriarcado al trato equitativo a las mujeres, violencia intradoméstica, pandemia homicida de mujeres jóvenes en Ciudad Juárez, continuidad del doble estándar sexista, negación de derechos a las minorías, persistencia de la intolerancia religiosa.

¿Qué se contempla?

Globalización que, aparte de sus lados positivos ya en marcha, es la vía de entrada a la explotación esclavista de las maquiladoras y a la imposición de criterios pueriles que se quieren ofrecer, como la modernidad; racismo de un sector estadounidense contra los hispanos (en su mayoría mexicanos); corrientes migratorias indetenibles.

¿Qué se contempla?

Disminución arrogante del presupuesto asignado a la ciencia y la tecnología, y a las universidades públicas; persistencia del acoso económico y político a las etnias; tratamiento superficial de los gravísimos problemas ecológicos (el agua para comenzar)... La lista se extiende y se dibuja como el horizonte, donde demasiados millones carecen de alternativas, y en la lógica del neoliberalismo las vidas humanas aparecen en el capítulo de “recursos no renovables. No se gaste en almacén”.

¿Hay gobernabilidad en México? Su ausencia parcial ya se advierte, muy en especial en las denuncias sobre la inexistencia del Estado de derecho, pero, como sea, sí la hay en lo básico, algo que se engendra en la voluntad de paz de la mayoría, tan formada de elementos positivos y negativos, de resignación y (aunque no se crea) de cultura cívica, de miedo y de ganas de recibir los beneficios que otorga el pago de impuestos, de

búsqueda de alternativas y de rechazo de la desinformación. Esa gobernabilidad, ese saber que todavía hay defensores de lo que queda, le imprimen la solidaridad restante a las instituciones, mantienen la confianza en lo básico, hace que todavía se lean y se escuchen las declaraciones de los altos funcionarios (no sin sorna, nada es gratuito), y lleva a la protesta que es siempre una exigencia de enmienda. “No te creo, pero corrígete”.

Las partes en conflicto (algunas por lo menos) se reúnen, discuten, se desacreditan mutuamente (en este punto siempre llegan tarde), se reúnen en secreto con el fin de acabar con las conspiraciones, pelean con molinos de viento (llámese así a las posiciones que nadie sostiene pero que da gusto descalificar), dejan pasar las oportunidades de gobernar con tal de quejarse de los obstáculos inmensos para hacerlo. Como todos los sectores involucrados en gobernar la ingobernabilidad, los partidos políticos experimentan la caída de su credibilidad, de la ausencia de proyectos y de reflexiones sobre las realidades de una nación globalizada, de la sustitución de los militantes por los empleados, de las luchas internas que prueban la desaparición de las causas compartidas (no lo niego: generalizo, pero lo hago con el fin de que me desmientan la unidad férrea de los partidos y sus análisis irreprochables de lo nacional y lo internacional).

¿En manos de quiénes están las primeras respuestas de unidad? Hace unos días, cuando el gobierno del presidente Fox convocó a la unidad nacional, la invitación era perfecta, sólo faltaba la lucha contra el eje y la indignación por el hundimiento del Potrero del Llano para que el anarcocentrismo fuese irreprochable. Y, al cabo de diagnósticos y conjeturas, el conjunto de problemas irresolubles o muy arduos de solucionar arroja los epitafios previos que resumen el círculo vicioso y virtuoso de las conversaciones en el país entero: “Esto ya no tiene remedio / No hay salida / La distancia que nos separa de los realmente globalizados es infinita / El pessimismo ya parece una meditación optimista”, etcétera, etcétera.

Un componente de la ingobernabilidad que se anuncia es de orden psicológico. A todos nos preocupa la situación, pero en gran medida la gana de avanzar se ha mecanizado, y allí ubico la primera gran reforma que se requiere, la que incremente la voluntad participativa. Los partidos reparten afiliaciones entre sus ruinas, las organizaciones no gubernamentales tienden a burocratizarse en un buen número de casos, los medios son grandes protagonistas sin medios que les den cobertura y los entrevisten con preguntas osadas, los enfrentamientos entre gobernantes entretienen

pero perjudican, el intento de desafuero al jefe de gobierno de la ciudad de México es un hemiciclo a la falsa astucia. De todo esto ya estamos enterados, ¿pero en dónde se pasa de la voluntad de entender a la necesidad de resolver y asumir conjuntamente las respuestas?

Donde comienzan las reformas, concluyen mis posibilidades de plantearlas de modo específico.